

Por los siglos de los siglos

La fuerte tormenta de granizo azotó una tarde de 1385. Los aldeanos de Sant Cugat se resguardaron de la furia del cielo. El monje Odón temblaba entre las paredes del gran monasterio. El granizo repicaba enfadado en las vidrieras de la edificación; la nave sonaba parecida a un animal herido. El monje Odón decidió retirarse a su celda. *El descanso ayuda a combatir el miedo. Mañana, esta maldita tormenta ya habrá terminado* -pensó Odón. De golpe, un resplandor blanco vino precedido del estallido. La lluvia de cristales empujó al monje que aterrizó brutalmente en el suelo. Más tarde lo encontraron rodeado de una aureola de colores. Los monjes, lo auxiliaron primero, pero el espanto llegó después; el espléndido rosetón de la fachada estaba destrozado.

Aquella mañana, el pobre monasterio despertó con un barullo de voces y un montón de incrédulos dedos señalándolo. El fatal rayo había reventado el gran rosetón que a penas contaba con unos años de vida. *¡Ohh no, es una fatalidad!* -Se lamentaba el monje. Habían invertido mucho tiempo y sacrificios en la delicada construcción del rosetón era la unión entre los clérigos y el pueblo. Odón, con la cabeza dolorida, no daba crédito a lo que estaba viendo. *¡Era una verdadera desgracia!* Debía de informar al abad rápidamente, pero éste se encontraba postrado en cama esperando sus últimos momentos. *Un monasterio sin rosetón no era un monasterio* - reflexionó con preocupación. *¡Urgía reconstruirlo!* Se necesitaba para que su luz mística reconfortara a sus fieles durante los rezos.

Unos días más tarde, los artistas entraron en el monasterio para tomar las correspondientes medidas y hacerse idea de la composición. Los veinticuatro artistas venían de la Academia de los Oficios de Sant Cugat, un lugar en el que se reunían artistas y artesanos para aprender y desarrollar el oficio de las artes. El lugar bullía de cinceles y martillos repicando las diversas piedras. Los pinceles estaban cubiertos de color para poder vestir a los desnudos lienzos. Así que cuando Odón les hizo la propuesta, no pudo tener mejor acogida. Debían de trabajar en el rosetón de manera que dentro del monasterio volviese el silencio, la luz, el color... Todo lo necesario para salvaguardar las huellas de los ángeles que visitaban el lugar diariamente.

La elaboración de los vitrales fue un arduo trabajo, pues requería creatividad y sincronización. Además, el tiempo apremiaba y había que aprovechar cada minuto, ya que las lluvias y tormentas dejaban sucia la nave del monasterio al colarse el agua. Así decidieron de formar parejas de artistas; si trabajaban de esa manera habría un mejor resultado e irían con más rapidez. Seis parejas serían las encargadas de fabricar los cristales y las otras seis repararían la estructura del rosetón para crear un gran mosaico de vivos colores. De esta forma se fue construyendo.

Verde cristal: Esperanza. Dibujaron con el anhelo en las manos.

Azul cristal: Tranquilidad. Picaron bajo la lluvia.

Rojo cristal: Pasión. Moldearon bajo el sol con el corazón abierto.

Amarillo cristal: Satisfacción. Finalizaron con una sonrisa al aire.

Después de varios meses, una tarde luminosa de primavera, Odón y los veinticuatro artistas de la Academia de los Oficios observaban con orgullo la espectacular obra de arte. Los rayos de sol al proyectarse a través del rosetón abrían un abanico de colores vistiendo de alegría la imponente nave. Lo mismo que un mándala recién llegado del futuro, los veinticuatro artistas dejaron impresa su huella en la sublime fachada del monasterio. Por los siglos de los siglos.

Pili Egea